> Vamos á morir en defensa de nuestros hermanos, y no echemos un borron á nuestra gloria.
>
> LIB. DE LOS MACABEOS, CAP. 9, V. 10.

¡Pueblo! hé aqui tu dia: dia en que esas plazas y esas calles, matizadas con la sangre de mil héroes, presenciaron la tragedia mas negra y horrorosa que vieran nuestros padres; dia en que, manchado el trono de San Fernando, se estremeció de horror; dia en que el anciano, cubierto de canas y oprimido bajo el peso de los años, quedó sin consuelo en los bordes de la tumba; dia en que el sacerdote vió la cuchilla del feroz mameluco profanar sacrílega el ara sacrosanta de los templos; dia en que cien madres, mas tristes y afligidas que Raquel, llenaron de gemidos las montañas por la pérdida de sus hijos; dia en que el huérfano y la viuda alzaron á Dios su grito de desconsuelo; dia en que un tirano, semejante al bandido Rómulo, sin otra virtud ni otro honor que oprimir á todo el mundo, colocado al frente de un ejército de verdugos y sayones, consumó en nuestros hogares el crimen mas atroz, el sacrilegio mas horrendo..... ¡Santifica tú este dia, pueblo! Tuyo fue el luto, tuya fue la gloria; penetra en el templo santo, y

dirige al cielo la súplica de piedad, la oracion cristiana que ordenaron tus abuelos al pie de esos altares: humilla tu cabeza y dobla tus rodillas ante ese cenotafio que preside nuestra augusta Religion abrazada con la muerte; derrama tus lágrimas sobre esas gradas, y sella con tus labios ese monumento de libertad y de gloria que se levanta cual gigante obelisco para vergüenza de los tiranos, para baldon del estrangero, para ejemplo de las edades, para orgullo de nuestra patria. ¡Infeliz patria, presa tantas veces de ambiciosos conquistadores! ¡Nacion grande un tiempo, pero otro tiempo abatida y cargada de cadenas! Permite, patria de valientes, permite que recorra yo este dia tus infortunios y tus desgracias, tus triunfos y tus victorias. Tú fuiste la que, conducida en soberbias carrozas, te llamabas la señora de las naciones, la reina de las provincias; tú la que hiciste temer su ruina á todo el imperio romano; tú la que en los campos de Sagunto dejaste escrito tu nombre al pie de palpitantes troncos; en medio de las llamas y entre las humeantes cenizas de tus ínclitos guerreros; tú la que humillaste el valor y la arrogancia del vencedor de Annibal; tú la que en el sitio de Numancia quitaste el aliento á la capital del mundo; tú la que vestida de pompa y gala ostentabas con orgullo el triunfo de cien combates; tú la que llevaste los pendones de Castilla sobre los muros de la primera nacion del globo; tú, en fin, la que siguiendo al inmortal Colon viste salir de entre las ondas un nuevo mundo, y haciendo ondear tus banderas sobre la cima de los Andes, te hiciste dueña y señora de esa tierra virgen que se estiende desde las Antillas hasta las Californias. Pero ¿de qué te sirvió todo esto, patria querida, si sentada despues á las márgenes de tus rios aumentaste sus corrientes con tus lágrimas?.... Tus trompas y tus clarines enmudecieron, cesaron tus cantos de alegría, se mar-

chitó el laurel de tu corona, te cubriste de negro luto, y semejante á una reina viuda, llorabas amargamente sobre las tumbas de tus hijos, sobre los rasgados mantos de tus Monarcas, sobre las picas y las mortajas de tus soldados. ¡Has caido, señora del universo! Tu capitolio está por tierra, tu grandeza oscurecida entre el polvo..... Las llagas de tus hijos brotando sangre..... Mas ¡oh!.... Borremos de la memoria imágenes tan funestas en un dia de gloriosos recuerdos para España; de gloriosos recuerdos para España, sí, y de baldon eterno para esa nacion que tuvo verdugos, verdugos que la envilecieron, llenándola para siempre de oprobio y de ignominia.

Vosotros, españoles, volved ahora la vista á ese campo de la Lealtad, donde humea todavía la sangre de los valientes. Contemplad ese Prado, altar cruento de víctimas inocentes, y sembrado de cadáveres hace treinta y cuatro años..... Contempladlo, mientras yo fijo mis ojos en ese catafalco, donde escrita está la página mas brillante de nuestra historia. ¡Ah! Las sombras de Daoiz y de Velarde me parece que se levantan de la tumba llenas de magestad, y me dirigen estas palabras: "Sacerdote español: tus labios han pronunciado el acento de la verdad: el *Dos de mayo* de 1808 fue un dia de triunfo para España. Muriendo con honor sobre el ara de la patria defendiendo nuestra santa Religion, el trono de San Fernando y el Código de nuestras leyes, bajamos al sepulcro cubiertos de gloria y amortajados con palmas y con laureles, dejando nuestra sangre por herencia al pueblo de nuestros padres. Si aún hay verdugos que castigar, si aún hay tiranos y usurpadores, nuestros huesos tienen aliento y vida. Saldremos del atahud, y diremos otra vez con Judas Macabeo: *Vamos á morir en defensa de nuestros hermanos, y no echemos un borron á nuestra gloria.*"

¡Víctimas ilustres!.... Huesos respetables!.... Cenizas sacrosantas!.... Descansad en vuestras urnas. El Dios de la vida y de la muerte os cubrió ya con las orlas de su manto; su mano poderosa selló vuestros sepulcros; reposad en ellos, insignes campeones, en tanto que nosotros dirigimos al trono de las piedades el sacrificio de paz por vuestras almas. ¡Ofrenda digna de vuestras virtudes y heroismo! No os inquieteis al tiempo que mi voz recuerde con entusiasmo vuestras hazañas y proezas..... ¡Daoiz y Velarde! Permitid que pronuncie cien y cien veces vuestros nombres; ellos valen tanto como una generacion de reyes. Vuestras espadas fueron cetros robustos, y vuestros dos cañones sólidos y macizos tronos que no pudo quebrantar el ciego usurpador sin recurrir al engaño y á la bajeza.

¡Qué contraste, Señor! De parte del enemigo cobardía y humillacion; de parte de nosotros valor y bizarría. Tracemos, pues, el cuadro donde brillan nuestras víctimas como los mártires de la libertad, como los héroes de la patria.

Preciso es ahora recordar por un momento aquellos dias de horror en que, desbordada al parecer la cólera del cielo, fulminó la sentencia de muerte y desolacion sobre los pueblos de Europa. El triste y lamentable estado de la Francia será bastante para aterrar al corazon mas valiente y denodado. Junto á las ruinas del trono de San Luis se abrió una sima espantosa, donde parece iban á hundirse los mantos y las coronas, los hombres y las edades. Mirad el pálido cadáver de un Rey, cien veces desgraciado, bajo las plantas de los verdugos, y mirad tambien la sangre de esclavos y de libres en tor-

no de los cadalsos. ¡Qué horror! Entre el polvo de la anarquía se levanta una niebla de muerte que, cual furioso huracan, estremece al mundo, derramando por do quiera la ruina y el exterminio, la profanacion y el sacrilegio. La ciega revolucion, sentada sobre montones de huesos y de cráneos, está como en un elevado asiento ante el cual las leyes callan y el hombre se estremece y tiembla. Las matronas y las vírgenes quedan ultrajadas, las casas destruidas, los templos asolados, violados los sepulcros, las lámparas apagadas, el sacerdote asesinado, la ramera sobre el altar, y el Pontífice y el fiel huyendo despavoridos. ¡Espectáculo horroroso! ¡Pueblos! ¡Infelices pueblos! ¿Quién detendrá tanta desolacion? ¿Quién pisará vuestro polvo empapado en la sangre de vuestros hijos? ¿Quién alzará el imperio en medio de la anarquía, que todo lo devora, que todo lo arranca, que todo lo destruye? ¿Quién? El genio del mundo: ese nuevo Ciro, ese valiente César, que sale orgulloso de Córcega como Alejandro de Macedonia para llenar de asombro al universo; ese gigante de la guerra, de la política y del gobierno; ese hombre estraordinario, que admirará en Marengo y en Austerlitz, en Jena y Wagram, en Friedland y en Moscow; ese héroe singular, que en Egipto será mahometano, turco será en Turquía, romano será en Roma y español será en España; ese Emperador arrogante, coloso de grandeza y de poder, que cargado con los despojos de cien pueblos vencidos vendrá á llamarse moderador del continente europeo; ese gefe de los Reyes, que hará temblar con el carro de sus conquistas los tronos mas poderosos de la tierra; ese corso formidable, á cuya voz se abrirán las rocas del Báltico, y las riberas del Vístula quedarán secas; ese Alejandro soberbio, que no contento con este mundo lanzará tambien su vista hácia el campo de las estre-

llas..... ese es Napoleon, españoles; grande como nosotros; grande, sí, y esa es nuestra gloria. Porque era grande le admitimos á la pelea cuando provocó el valor castellano; porque era grande luchamos con él; porque era grande le vencimos. Si nos dejó esas víctimas que llorar, nosotros supimos vengarlas; y si un dia cubrió de luto nuestras calles llenándolas de cadáveres, otro dia esos mismos cadáveres, ceñidos de laureles y animados con un soplo de vida, dijeron al mundo desde el fondo de las tumbas: "Aquí las huestes de un déspota se estrellaron; aqui se humilló la altivez del primer hombre del siglo; aqui se rompieron los hierros vergonzosos de la esclavitud de toda Europa; aqui fue el triunfo donde la patria levanta un monumento celebrando nuestras glorias, como la inmortal Judea á sus ilustres Macabeos."

Abrámos, Señor, los fastos de la historia nacional, de esa historia contemporánea, y busquemos la triste página que muchos de los que me estan oyendo escribieron con sangre mezclada de lágrimas..... El alma se asusta y tiembla al contemplar las horribles escenas que precedieron á la traicion. La Europa entera esperaba ya impaciente las resultas de los sucesos del Escorial. Esos sucesos..... ¡Ah! Corramos aqui un velo, y dejemos á cubierto lo que pasa entre un Monarca y su privado, entre un hijo y una madre. Dejad que en Aranjuez ciña la corona de Carlos las sienes de Fernando, y vedlo entrar triunfante en la corte de Madrid. ¡Hijos de Mantua! Salid en buen hora á recibirlo con palmas y con laureles; cubrid las calles de rosas y azucenas, y gozad como goza el cisne antes de su ruina á la orilla de una fuente. Gozad, mientras yo observo al tirano de la Europa, tan grande como ambicioso, tan déspota como hipócrita, que oprimiendo bajo un cetro de hierro los príncipes y habitantes de

veinte naciones diferentes, vende tambien á mi patria con el ósculo de la paz, con el abrazo de la alianza.

Ansioso de nuevas conquistas, y ocultando siniestras intenciones, nos seduce con engaños y mentidas promesas. Sin valor para luchar frente á frente con los hijos de Pelayo, toma el prestesto de auxiliar á la noble Lusitania; y sus ejércitos, descolgándose del Pirineo pasan el Vidasoa, inundando las fértiles campiñas de nuestro suelo, que muy pronto llora con lágrimas de sangre las tristes consecuencias de una guerra homicida, de una traicion escandalosa, de una ambicion sin ejemplo. Nuestras ciudadelas quedan por el francés, en tanto que en la corte se prepara su caudillo infame, el sangriento Murat, que cual tigre feroz halaga la víctima para devorarla. Tanta es la bajeza del intruso vil que abusa de la nobleza castellana. Savary, ese verdugo del cielo maldecido, es el destinado por el avasallador de los reyes para seducir á Fernando como el pérfido Trifon al ilustre Macabeo. Fernando, entregado á un gobierno sin decoro nacional, escucha la voz del falso mensagero, y marcha en busca del que se llama su amigo y aliado. ¡Detente, joven Rey! ¿A dónde te diriges, Monarca incauto? ¿Qué esperas del tirano de Saint Cloud? ¿Qué aguardas de ese ingrato, que olvidando el origen de su grandeza quiere asesinar la libertad de los pueblos amarrándolos al carro de su poderío, á ese carro funesto cargado de grillos y cadenas? Vuelve, vuelve la vista á la torre de Lujan; contempla los campos de Pavía, y no busques apoyo en un usurpador; búscalo en tu patria, en la patria que te adora. El pueblo que te llama Rey sostendrá tu cetro y tu corona á costa de su sangre..... Mas ¡ay! Todo es inútil; la patria queda huérfana, Fernando sigue su rumbo, y en Bayona encuentra su dogal.

Señores: español por principios, por educacion y

por nacimiento, no puedo continuar la narracion de unos hechos que tanto ultrajan el valor y la buena fe de los hombres que son honrados. Contemplad ahora vosotros en silencio la infamia y ratería del terrible corso, mientras yo descubro el dia de la esplosion, ese dia de sangre que selló la época mas gloriosa de nuestro pueblo; ese *Dos de mayo de* 1808, que vió el martirio de los nobles españoles sacrificados inhumanamente por la traicion y la alevosía. Hombres y mugeres, jóvenes y ancianos, niños y sacerdotes, derramaron su sangre para humillar ante el ara de la patria el orgullo de los invasores; sus águilas omnipotentes volaron afrentadas, tocando ya de cerca su infeliz derrota. Los hijos de Madrid dieron los primeros el grito de libertad é independencia, demostrando á los tiranos lo débil de su poder, y enseñando á los reyes que los cetros y las coronas se hacen pedazos sin la fuerza de los pueblos. ¡Dia memorable, dia de eterno recuerdo! Yo no te miro con horror, antes por el contrario te saludo lleno de veneracion y respeto: con solo tu memoria nuestro espíritu se eleva y engrandece. Verdad es que tus flores al correr la sangre cayeron secas y marchitas de sus tallos; tu sol de primavera ocultó su luz por un momento; pero la antorcha augusta de la Religion, que condena la esclavitud y la tiranía, nos prestó sus rayos para ver el árbol de la libertad, no de esa libertad que el hombre convierte en libertinage, sino de esa libertad racional y justa que Dios concediera al hombre, y que es la fuerza humana; porque la fuerza humana es la libertad apoyada en la Religion.

Pues esa fuerza humana, españoles, esa fuerza omnipotente y celestial que dá vigor á nuestro brazo, que enardece nuestras almas, que coloca nuestra frente bajo las plantas del Eterno y nuestros pies sobre la frente de los tiranos; esa fuerza irresistible es la que alienta

á nuestros héroes en el dia del infortunio. Al verse sin leyes y sin Rey, amenazada su religion é independencia, juran morir antes que ser esclavos. Murat, ese Atila bárbaro, cubierto ya con el mandil ensangrentado de los verdugos, levanta su cuchilla para desgarrar las llagas de mi patria, harto rasgadas ya. Tiende la vista por el regio alcázar, y corre su emisario en busca de los últimos vástagos de la Real Familia; el pueblo de Madrid entonces lanza un grito terrible que resuena en todo el mundo. El magistrado venal y corrompido, el magnate y el poderoso duermen tranquilos en su blando lecho; una Junta débil, un Gobierno sin fuerza ni prevision tambien descansa mientras vela el pueblo, el valiente pueblo, que espera sin temer al fuerte westfaliano. ¿Qué haces, pueblo desgraciado? Mira esas tropas que te cercan por todas partes; mira ese ejército que ha esperado la ocasion de verte solo, sin fuerzas y sin caudillo para asesinarte. ¡Cobardes! ¿Así ganais los laureles? ¿Así cantais la victoria? Gozad en vuestro triunfo, mientras lo mas florido de nuestras tropas vierte su sangre en Portugal y en Dinamarca. Derramad vosotros la del inocente..... pero temblad, miserables, porque aún hay jóvenes y ancianos, aún hay mugeres y sacerdotes, y un Dios justo que está en el cielo velando sobre este pueblo. La vil enseña del servil espanto habéisla dado ya; el trueno del cañon retumba por las calles, y todo se estremece. Las torres de los templos tiemblan al estruendo de las armas; pero el hijo de Madrid, que de horror tan solo tiembla, esclama embravecido: ¡Hijos de Mántua! el honor y el patriotismo nos llaman al combate; vale mas morir que vivir sin religion, sin libertad y sin patria. ¡A la pelea!.... ¡Deteneos!.... ¿Adónde vas, anciano desvalido? A defender la religion de mis abuelos, el trono de mis monarcas y las leyes de mis padres. ¡El cielo te bendice, anciano

respetable! ¿Adónde corres, ministro del santuario? A defender las aras de mi Dios, la libertad de mis hermanos y la causa de los pueblos. ¡El cielo te bendice, augusto sacerdote! Y tú, muger tan jóven y tan bella, ¿adónde te diriges? A confundir á los tiranos, defendiendo con mi sangre la fe y la independencia, la gloria y el honor que quieren usurparnos. ¡El cielo te bendice, Judit valiente y generosa! ¡El cielo te prepara la palma y la corona!

¡Qué espectáculo, Señor! Volved los ojos á las tristes calles, y ved tambien un niño que corre apresurado; decidle adónde va, y *á la pelea* su voz contestará corriendo con las armas. Todos disparan el fusil, todos manejan la espada, todos vuelan al enemigo..... pero todos sucumben á impulso de los contrarios. ¡Honor y gloria á los valientes, y oprobio eterno á los cobardes que tan vilmente asesinan á un pueblo desarmado!

¡Iberia! ¡Iberia! ¿Dónde está tu valor? ¿Dónde están tus soldados? ¿Qué dirá el mundo cuando te vea vencida? ¿Qué dirán las naciones cuando te miren entre cadenas? ¡O mengua! ¡O mengua! Vale mas morir que ver destruida la patria y el santuario. ¡Españoles! El pueblo de Madrid está vencido, sus hijos asesinados, la hostia profanada, y el umbral del templo tinto en la sangre de sus ministros..... ¿No habrá uno entre vosotros que, cual otro Macabeo, se vista de coraza y humille al enemigo? ¿No habrá uno? Sí, Daoiz y Velarde respondieron: "aqui estamos nosotros; vamos á morir en defensa de nuestros hermanos, y no echemos un borron á nuestra gloria. Compañeros: la suerte de Madrid está hoy en vuestras manos. Salvemos á la patria vertiendo nuestra sangre, y demos un ejemplo de valor y de heroismo."

Señor: pronunciando estas palabras, nuestros héroes ágiles y veloces como Asael, corren al parque de arti-

llería. Las puertas se abren de par en par, y con solo dos cañones esperan al enemigo que huye despavorido. ¡Qué vergüenza! Aquellas legiones espantosas por sus armas y formidables por sus victorias; aquellos soldados tan aguerridos se cubren de terror á la presencia de Daoiz y de Velarde, se desordenan y corren dispersados, quedando prisioneros unos, y muertos y heridos otros en medio de las calles. Menos destrozo hizo Leónidas en aquella noche que, penetrando hasta la tienda de Xerxes llenó el campo de los bárbaros de espanto y de mortandad.

"Soldados: esclaman los dos genios ilustres, el cielo es con nosotros, y el angel de Madrid nos cubre con sus alas. Acordaos de quien sois hijos, y no degenereis en la pelea." Este entusiasmo, que pudiéramos llamar religion santa de la patria, sostiene á nuestros héroes, que resisten con denuedo á una columna mandada por Lafranc. Tres veces repiten el ataque, y tres veces Lafranc se vuelve rechazado. ¡Mas ay! La refriega es desigual, las municiones se han concluido, y faltos de metralla se abrazan al cañon Daoiz y Velarde, pronunciando en su agonía los nombres dulces de patria y libertad, religion é independencia. Asi mueren los héroes; y asi suben al cielo los que nunca mueren..... ¡Contempla ahora su gloria, francés cobarde y asesino! Mira en sus heridas la sentencia de tu muerte y el oprobio de tu patria. Matar pudiste con traicion, pero no has vencido.

Murat, lleno de cólera y de rabia, conociendo el valor de un pueblo que ha jurado morir antes que arrastrar el yugo infame de un tirano, busca el medio de venganza. Uniendo su ferocidad á la infamia mas atroz, hace pronunciar á nuestros magistrados la dulce voz de paz, de perdon y de amnistía, como si perdon necesitase un pueblo que defiende sus derechos santos.

Los hijos de Madrid, que adoran al que dió la paz al mundo, al punto arrojan las espadas, y en medio del furor perdonan el ultraje. Mas ¡oh perfidia! Aquellos inhumanos descubren su puñal, y cual tigres carniceros corren presurosos en busca de las víctimas.

El corazon se resiste aqui ya á trazar tan horribles cuadros. Llegó la noche, Señor. Sus velos de magestad y silencio se estendian por esas calles teñidas en sangre inocente que pedia venganza contra un homicida. La luna en medio de los cielos prestaba su escasa luz á la funeral escena. La tierna esposa lloraba sobre el triste tálamo; el padre buscaba á su hijo; el sacerdote de Dios oraba, y el pueblo todo, como la infeliz Jerusalen en el dia de su desgracia, se entregaba al desconsuelo..... ¿Y el francés? Insultando al cielo y á la tierra..... Imitando á los verdugos de la ciudad destruida. Ofreciendo en ese Prado y en la fúnebre montaña la tragedia mas sangrienta que vieron los mortales. Mirad ese hijo abrazado con su padre y puestos de rodillas al pie de un arbol. Mirad á un niño ternezuelo que recibe las últimas caricias de su madre. Mirad ese grupo de hombres y de mugeres que en vano están clamando á las estrellas..... Mirad al sacerdote tambien condenado á muerte, pero que lleno de una vida heróica que da la religion, se alza de la tierra y dice á sus hermanos: "¡Hijos mios! Pedid á Dios perdon por esos hombres, porque no saben lo que hacen. Acordaos del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y no temais el duro lance. Al hombre que perdona y llora sus pecados antes de morir, le espera una tierra santa, una vida inmortal, un coro de ángeles, una corona. Morid llenos de fe, y esperad en Dios." Dijo el sacerdote, y apenas habia pronunciado estas palabras, cuando resonó por todas partes el fúnebre estampido de la muerte..... Si escrito estaba aquel dia de luto para España,

tambien estaba grabado en el libro de la justicia el castigo de los verdugos.

¡No huyas, cobarde! ¡No huyas, hijo de Cain! ¡Detente, Murat impío! ¿No te dió miedo? ¿No temblaste de horror á la vista de esos héroes? Mira sus cuerpos en sangrienta pira; mira sus almas que suben al Olimpo, y mira á tus pies abiertas las puertas del infierno. Toca, toca tus labios que destilan sangre, y toca la mancha de tu frente; horrenda mancha que hoy te cubre de oprobio, y despues te acompañará al sepulcro. En Pizzo verás tu ruina. En Pizzo, acaso el mismo puñal que hoy te obedece, pasará tu infame cuello..... Y tú, tirano de Europa, que desde un trono usurpado te complaces en nuestro luto; tú, que llevaste la ruina y desolacion á los pueblos, tambien llorarás tu afrenta sobre el peñon de Santa Elena. El Dios santo que derribó á Goliat bajo las plantas de un pastor, te hará purgar tus delitos entre grillos y cadenas; pero antes va á permitir que España tan ultrajada deshaga tu poderío. Mira alzarse los pendones de Castilla, en cuyos lienzos el genio de la patria escribe la sentencia de tu muerte. Escucha sus clarines que resuenan ya por toda la Península. Escucha ese grito nacional que llama al noble y al plebeyo, penetrando hasta las chozas de los montes. ¡A las armas, españoles! El francés ha manchado vuestro trono, y su mano intenta derribar vuestros altares. Truene el fusil, y al eco sacrosanto de religion é independencia tiemblen los tiranos que quieran oprimirnos. ¡Manes cruentos! ¿Quereis venganza? Os vengaremos.

Este es el acento, Señor, de las víctimas del Dos de Mayo de 1808. Acento que llegó hasta Zaragoza, Valencia, Cadiz, Gerona, Bailen, Rosellon, Talavera... ¿Para qué mas? ¿A qué molestaros con recuerdos demasiado vivos á los ojos del gran pueblo que me está

escuchando? Pues ese feliz alzamiento y esos triunfos memorables fueron obra de las víctimas ilustres por quien hoy lloramos, ofreciendo al Dios de nuestros padres la sangre de Jesus vertida sobre el Gólgota. De esas víctimas, sí. Ellas dieron valor á nuestro brazo; ellas sostuvieron nuestros combates y aseguraron nuestras victorias. ¿Qué fueron los laureles de Bailen, Gerona y Cadiz sino ecos del cañon de Daoiz y de Velarde? ¿Qué fueron los esfuerzos de la patria sino ecos tambien de las víctimas del *Dos de mayo*? Pues esa série de hazañas, esa cadena de tantos sacrificios recibieron su primer impulso en las calles de Madrid, que hoy bendice por medio de mi boca la memoria de sus hijos, de aquellos hijos que murieron por la patria, y cuyos nombres harán palpitar en todo tiempo al corazon de los valientes.

Con guirnaldas de rosas y de mirtos lleguemos á esa tumba. Ella es el ara ante la cual los que se precian de leales españoles han de jurar hoy odio y rencor eterno á la impiedad, á la usurpacion y á la tiranía. Sellemos derramando lágrimas tan sagrado juramento, y oigamos la voz santa que sale del fondo de ese mausoléo. Es la voz de un sacerdote, el acento de un profeta, porque sacerdotes y profetas son los héroes que murieron por la religion y por la patria. Me parece que tengo ante mis ojos en este instante todas las víctimas que fueron inmoladas. Se me figura que sus huesos, animados por el soplo de Ezequiel, adquieren aliento y vida, y me dirigen estas palabras: "¡Sacerdote! ¿Piensas acaso que entre el polvo de la muerte hemos olvidado nuestra patria? No. Hemos visto sus desastres, sus pueblos destruidos, sus templos incendiados, y el hacha de la guerra destilando sangre. Hemos visto sus campos secos y amarillos, donde luchaba el padre con el hijo, desgarrando el hermano las entrañas de su her-

mano. Hemos visto los montes agitar sus crestas, vacilar las colinas, y empalidecer los valles. Hemos visto alzarse cadalsos afrentosos, y hemos visto horrores que hicieron retemblar las losas de las tumbas..... ¿Para eso vertimos nuestra sangre?..... ¡Escucha, ministro de Dios! Esa nacion que recibió nuestro holocausto aún puede ser grande: aún puede asombrar á todo el mundo. Convoca al pueblo, dirige tu voz al Regente del reino, habla á los senadores, habla á los diputados, habla á los ministros del templo, habla á esos valientes guerreros que vertieron su sangre sobre la cumbre de Arlaban y en el puente de Luchana; y habla á todos los españoles que quieran el bien de ese suelo que nos vió morir. El pueblo que quiere ser libre lo es. España puede serlo sin acudir á otras naciones que solo buscan su ruina, su esclavitud y sus cadenas. Tened un solo pensamiento, reconcentrad el poder, esperad en Dios, y la fe os salvará. La fe, sí. Esa fe divina que recibísteis en las pilas bautismales; esa fe que meció vuestra cuna, y que selló el sepulcro de vuestros mayores; esa fe que hizo fuertes á Recaredo y á Pelayo; esa fe que triunfó del turbante y la media luna; esa fe que llevó á los muros de Granada el pendon de San Fernando; esa fe sin la cual cae de las manos la espada del guerrero, y el clarin se queda mudo en los campos de batalla; esa fe con la cual triunfaron nuestros padres, y nosotros espiramos abrazados al cañon. Ella fue nuestro consuelo al tiempo de morir, y ella debe ser la que os haga á vosotros grandes. Esperad con ella en Dios, y no en los pueblos que se llaman amigos y aliados. En ellos tal vez está vuestra agonía y vuestra muerte. Dios que os hizo libres velará sobre vosotros. Unid vuestras fuerzas y esperad en él."

Españoles: he ahí la voz de aquellos héroes que murieron con la espada bajo sus cabezas; voz mas elocuen-

te que la mia. ¡Escuchadla!.... Conozcamos nuestra dignidad para que la Europa nos admire y nos respete. Y cuando la patria nos llame á defender su libertad é independencia, unámonos todos como hermanos, y hagamos frente á las naciones que quieran oprimirnos. La España, que triunfó de Roma y de Cartago; la España, que luchó por espacio de ocho siglos contra la ambicion y tiranía de los árabes; la España, que admiró en los campos de Pavía; la España, que hizo caer las águilas del Imperio, tambien podrá hoy vencer, dejando solo al enemigo la afrenta y el escarnio. Union necesitamos para ser fuertes, españoles, y esperanza y fe para triunfar de los tiranos. Busquemos este auxilio al pie de los altares, pidiendo hoy al Dios de los ejércitos gracia y piedad para esas víctimas, indulgencia para mí, y para vosotros ventura eterna.

